

Juventudes, culturas, identidades y tribus juveniles en el México contemporáneo



Coordinación: Maritza Urteaga Castro Pozo



© Federico Gama.

Índice

5

Presentación

13

Juventud y antropología: una exploración de los clásicos

Maritza Urteaga Castro Pozo

29

Las cuatro grandes transformaciones históricas de la condición juvenil

José Antonio Pérez Islas

37

Jóvenes y datos. Panorama de la desigualdad

Mónica Valdez

41

Jóvenes imaginados: la disputa por la representación (contra la esencialización)

Rossana Reguillo

51

Juventud rural. Entre la tradición y la cultura

Lourdes Pacheco Ladrón de Guevara

61

De los gruperos a los *chalinillos*, o cuando el narco toca a la puerta de las culturas juveniles

Antonio A. Guerrero

69

Investigación social sobre juventud en el sureste de México

Angélica Aremy Evangelista García,

Rolando Tinoco Ojanguren y Esperanza Tuñón Pablos

81

Los jóvenes y el poder. Tres botones de muestra en Jalisco

Rogelio Marcial

93

A la orilla de la ley: los jóvenes invisibles y las violencias evidentes

Luciana Ramos Lira y Carlos Zamudio Angle

Investigación social sobre juventud en el sureste de México

Angélica Aremy Evangelista García*, Rolando Tinoco Ojanguren* y Esperanza Tuñón Pablos*

La investigación de la juventud en México se remonta a finales de los años setenta y principios de los ochenta, tiempo durante el cual hemos acumulado un conjunto de saberes sobre las juventudes que constituyen hoy, a decir de Urteaga (2005: 2), “un nada despreciable capital cultural simbólico en el sentido de Bourdieu”. Para esta autora es posible distinguir tres momentos en la investigación en juventud: el primero se caracteriza por abordar temáticas relacionadas a los inicios de la crisis estructural en nuestro país y son desarrolladas fundamentalmente por investigadores en y desde la ciudad de México; es decir, investigaciones vinculadas con el surgimiento de las bandas juveniles como formas de agrupación, con el movimiento estudiantil y la reorganización del trabajo juvenil. En un segundo momento, a mediados de los años ochenta e inicios de los noventa, los temas se diversifican para abarcar identidades, estéticas, las hablas, así como la noción emergente de culturas juveniles. En ese momento se suman investigador@s de distintas regiones del país, con lo cual se desestabiliza el centralismo característico de la producción intelectual en juventud. El tercer momento, que aún permanece, comienza a finales de los años noventa y lo conforman investigador@s de prácticamente todo el país ocupados de dos temáticas centrales: “la subjetividad en sus articulaciones con la política, los afectos, las adscripciones identitarias; y los procesos estructurales atravesados por las dinámicas de la globalización y del neoliberalismo: empleo, educación, migración, y muchas otras temáticas” (Urteaga, 2005).

Para varios autores, la manera en que se ha investigado a l@s jóvenes desde las ciencias sociales implica una posición en una de las dos concepciones en conflicto que prevalece acerca de ell@s: concebirl@s desde la mirada institucional, en un estatus de subordinación a la sociedad adulta, y por tanto de indefinición, o bien reconocerles el estatus de sujetos (Pérez, 2000; Tuñón y Eroza, 2001; Urteaga, 2000). En la primera acepción los jóvenes son vistos y tratados por la sociedad adulta como futuros sujetos y nunca como sujetos en el presente; de aquí que la sociedad se ocupe de ofrecerles lo necesario en su preparación para

ser adultos: educación, empleo, salud, vivienda, etcétera (Urteaga, 2000).

Según Pérez (2000), lo común es tomar en cuenta a l@s jóvenes cuando son considerad@s problema, y a veces más desde el sentido común que desde información certera sobre lo que piensan y sienten en realidad. En el mejor de los casos, se les concibe como sujetos sujetos, con posibilidades de tomar algunas decisiones pero no todas; con capacidad de consumir pero no de producir, con potencialidades para el futuro pero no para el presente. Además, el autor destaca cuatro tendencias generales de esta mirada institucional hacia la juventud: 1) concebirla como una etapa transitoria, trivializando su actuación como factor fundamental de renovación cultural de la sociedad; 2) enviarla al futuro, asumiendo que mientras llegan a la adultez, sólo hay que entretenerlos; 3) idealizarla, por ello todos son buenos o todos son peligrosos, descalificando su actuar y mostrando preocupación sobre su control, y 4) homogenizar lo juvenil al desconocer la multiplicidad de formas posibles de vivir la juventud.

Estas representaciones han orientando el diseño de las políticas gubernamentales para l@s jóvenes, pero también le han dado sustento, en términos de investigación, a “un enfoque conceptual y metodológico que prioriza las maneras en que la sociedad y la cultura asignan un espacio, unos roles y unas imágenes a la juventud, dejando en el olvido las formas mediante las cuales los jóvenes participan en los procesos de creación y circulación cultural como agentes activos” (Urteaga, 2000: 83).

En este texto –y en tanto protagonistas de la investigación en juventud realizada en la región sureste del país desde finales de los años noventa–, nos proponemos revisar las investigaciones realizadas a lo largo de la década 1997-2007, incluyendo nuestra participación en el análisis de la Encuesta Nacional de Juventud 2000 para Campeche y Tabasco, y 2005 para la región sur sureste. Nuestro objetivo será plantear los temas que hemos abordado e iniciar la reflexión en torno a los puntos centrales de la agenda de investigación abierta en la materia. Nos interesa, sobre todo, preguntarnos hasta dónde hemos logrado “recuperar la capacidad creativa, innovadora y de

* El Colegio de la Frontera Sur (Ecosur).



© Federico Gama.

cambio que también distingue a esta población y que darían cuenta de otros rubros de su inserción social” (Tuñón y Eroza, 2001: 217).

En la región sur sureste de México se concentra gran cantidad de recursos estratégicos de importancia para la economía nacional y para los servicios ambientales: ríos caudalosos aprovechados en sistemas hidroeléctricos; importantes yacimientos de petróleo y gas natural; y las áreas boscosas mejor conservadas y con mayor biodiversidad del país. Sobresale además su potencial turístico y ecoturístico, en tanto concentra un número importante de áreas naturales protegidas. Por lo que toca a los aspectos sociales, cabe decir que los flujos migratorios que se presentan en la zona se realizan principalmente del campo a la ciudad, movimiento conocido como éxodo rural, y hacia el exterior del país a Estados Unidos. Los estados con mayor expulsión de población son Chiapas, Tabasco, Campeche y Quintana Roo. En esta área habita una gran cantidad de residentes en pueblos originarios, muchos de ellos hablantes de lenguas indígenas. Sin embargo, también se encuentran en la región los primeros lugares en analfabetismo y los últimos en grado de escolaridad: Chiapas se caracteriza por el menor grado de escolaridad y a su vez el mayor grado de analfabetismo de su población. Campeche y Tabasco se ubican por debajo del promedio nacional de 7.5 grados de estudio y sólo Quintana Roo se encuen-

tra sobre la media nacional (7.8 grados) (Tinoco y Evangelista, 2006).

Acerca de los estudios en juventud en la región sureste

Las investigaciones en jóvenes revisadas para los fines aquí propuestos dan cuenta de la amplia difusión de los estudios de caso llevados a cabo, sobre todo en diferentes contextos culturales de la región sureste, con población tanto mestiza como indígena. Aunque la búsqueda se limitó a trabajos publicados, podemos documentar que predominan los estudios sobre la sexualidad, inscritos temáticamente en lo que Urteaga (2005) llama la subjetividad en sus articulaciones con los afectos.

En términos metodológicos, la mayoría de investigaciones se inscribe en la denominada tradición cualitativa, por ello la producción de sus datos abarca una amplia gama de procedimientos, entre los que destacan grupos focales (Castañeda *et al.*, 1997; Reartes, 2007); entrevistas individuales en profundidad (Evangelista *et al.*, 2001; Evangelista, 2005; Evangelista y Kauffer, 2007); etno-

grafía (Cabral y Flores, 1999), o la combinación de dos o más de estos métodos (Evangelista, Tinoco y Martínez, 2007; Sánchez, Martínez y Tinoco, 2007), además de encuestas (Meneses *et al.*, 2007). Las investigaciones cualitativas revisadas se ubican principalmente en diferentes contextos culturales, con población joven mestiza de ámbitos urbanos y rurales. Sólo tres estudios fueron con jóvenes indígenas de los Altos de Chiapas (Cabral y Flores, 1999; Meneses, *et al.*, 2007; Reartes, 2008).

También destacan varios esfuerzos de recolección sistemática de información. Como punto de partida consideramos los resultados de una encuesta regional de hogares aplicada a 8456 jóvenes de 12 a 19 años en Tabasco, Chiapas, Yucatán, Quintana Roo y Campeche por El Colegio de la Frontera Sur entre 1996 y 1999. Asumimos que las encuestas nos brindan una primera mirada sobre lo que sucede con l@s jóvenes, y como para comprender mejor su situación se necesita acercarse a la perspectiva del actor, incluimos la investigación cualitativa posterior realizada entre 1998 y 2000 —que consistió en 131 entrevistas con jóvenes entre 12-19 años de Tabasco y Chiapas, de estatus social medio, medio-bajo y bajo en escenarios urbanos, semiurbanos y rurales (Tuñón y Ayús, 2003a; Tuñón y Nazar, 2004 y Tuñón, 2006)—. Así mismo, consideramos el análisis realizado para los resultados de la Encuesta Nacional

de Juventud (ENJ) 2000 para Tabasco, Campeche y Chiapas y los de la ENJ 2005 para la región sur-sureste (Tinoco y Evangelista, 2006; Tuñón y Ayús, 2003b y 2003c; Villers, 2003).

Esta década de investigación también ilustra el cambio del concepto de adolescencia al de juventud; elección que en sí misma implica una posición teórica. Se observa así un tránsito de temas que van desde el denominado embarazo adolescente, pasando por el interés en comprender –desde la perspectiva del propio sujeto– el inicio de la sexualidad como un proceso de toma de decisiones y de mayor control sobre la vida,¹

hasta la comprensión de las condiciones de vulnerabilidad que enfrentan l@s jóvenes en términos de los factores culturales que los rebasan y los limitan, interfiriendo en sus capacidades de agencia. Así entonces, en esta revisión se podrá observar el uso de los conceptos de adolescencia y juventud, dando cuenta de la diversidad crítica y reflexiva de una comunidad académica acerca de su producción en materia de juventud.

A continuación señalamos lo que consideramos haber aprendido como resultado de la investigación en jóvenes realizada durante una década en la región. En primer lugar, cabe destacar que estamos ante contextos culturales específicos y complejos, que sumados a la dispersión de la población en pequeñas localidades facilita *a)* la vigilancia familiar y social del cumplimiento de las expectativas culturales de género; *b)* la promoción del ejercicio sexual premarital y múltiples parejas entre los hombres, y la abstinencia y virginidad hasta el matrimonio para las mujeres, y *c)* la poca aceptación de los comportamientos no normalizados en el discurso de l@s jóvenes rurales, particularmente el ejercicio sexual premarital.

Sobre embarazo adolescente

La investigación en este tema se inscribe en una preocupación demográfica por su incidencia y el fracaso de las políticas públicas diseñadas para atenuarlo. Sin embargo, no generaliza como problema el embarazo en adolescentes y más bien se interesa en comprender los contextos particulares en los que éste sucede; incorporar la perspectiva



© Federico Gama.

de género en el análisis como condición para lograr una mejor comprensión de los comportamientos juveniles de cara a la obligatoriedad de cumplir con las normas genéricas dominantes en la sociedad; y diseñar políticas públicas asertivas y programas particulares de educación sexual, acceso a métodos anticonceptivos y apoyos para la asunción de la maternidad y paternidad, acordes a la realidad que viven los distintos grupos de adolescentes (Tuñón, 2006: 142).

La prevalencia de embarazo entre las adolescentes del sureste es mayor en las zonas rurales y, en ellas, entre las analfabetas, lo que relaciona directamente la pobreza con la mayor probabilidad de embarazo adolescente. La prevalencia de embarazo también es mayor entre las que no tienen expectativas educativas respecto a las que sí las tienen, indicando una relación entre las opciones y expectativas de vida con el embarazo adolescente. En las áreas rurales existe una mayor prevalencia de embarazo adolescente entre las más jóvenes, así como una mayor proporción de embarazadas que no se unen, lo que constituye una vía para la reproducción y profundización de la pobreza rural (Tuñón y Nazar, 2004).

La opción de negar o de posponer el ser madre, así como el rasgo esencial del “ser para otros” que pauta la identidad femenina, continúa siendo norma tradicionalmente; y si bien ahora se cobija en el discurso moderno del desarrollo personal, todavía otorga sentido al ejercicio de la maternidad (Guillén y Tuñón, 1999).

¹ Se trata de enfoques sociológicos que muestran la existencia de una multiplicidad de trayectorias vitales en situaciones socioculturales particulares; en clara contraposición a las perspectivas sociodemográficas clásicas interesadas en estudiar el inicio sexual como un evento en sí mismo (ocurrencia, calendario, intensidad) (Mora y Oliveira, 2009).

Otros estudios permitieron evaluar los cambios en las trayectorias de vida que enfrentan las y los jóvenes ante el embarazo, así como la mayor o menor vulnerabilidad genérica en que se colocan unas y otros a raíz de la resolución dada ante un eventual embarazo. Al respecto, existen claros comportamientos diferenciados para cada uno de los géneros que se traducen en prácticas y análisis específicos acerca del inicio de la vida sexual activa, la experiencia de embarazo, la asunción de maternidad-paternidad y la conformación de familias nucleares o integración a familias de corte extenso que presentan l@s adolescentes de la región. De esta manera, las adolescentes tienden a constituir familias nucleares con la excepción de las jóvenes madres tabasqueñas, que mayoritariamente contribuyen a formar extensa su familia de origen (Tuñón, 2006).

El inicio sexual

La adolescencia² es considerada por la sociedad y por los mismos jóvenes como una etapa privilegiada para la definición de la preferencia sexual, cuyos procesos pueden describirse como un juego de profundas tensiones, donde se ponen a prueba no sólo la capacidad de decisión de l@s adolescentes frente a su entorno familiar y social, sino también la vigencia culturalmente arraigada de las normas de género. Entre estas normas, cobran especial relevancia los rituales de iniciación sexual, y mientras para unos es la prueba de ingreso a la masculinidad y el rito de paso a la vivencia sexual adulta, para otras implica enfrentarse al destino manifiesto de la maternidad impuesto a las mujeres por la visión hegemónica de la cultura de género dominante (Tuñón y Ayús, 2004).

El inicio de la sexualidad entre adolescentes mujeres y hombres, urbanos y rurales, del sureste de México, está constituido por un conjunto de representaciones sociales. Así encontramos que el período menstrual se relaciona en el imaginario colectivo con fertilidad. Viven la práctica de la masturbación con una gran confusión permeada por la presencia de la doble moral, ya que por un lado es reconocida como fuente de placer sexual, pero al mismo tiempo como perversión y con la representación afectiva de culpa y pecado. El inicio de la actividad sexual coital gira de manera predominante alrededor del matrimonio, y de manera aún más acentuada entre las jóvenes. Lo anterior nos refiere a las dificultades puntuales

que muestran l@s adolescentes para, por un lado, identificarse y reconocerse como sujetos de deseo y, por otro, para armonizar y cumplir con el mandato de las normas hegemónicas de género asignadas y asumidas (Tuñón y Ortega, 2003).

Los jóvenes varones desarrollan rituales de iniciación sexual socialmente organizados, tanto por la presión social que ejercen los pares y determinados miembros de la familia (padres y hermanos mayores) como por los propios procesos estructurales y personales implicados en el desarrollo de las identidades masculinas, y las edades púberes y juveniles. En segundo lugar, la heterosexualidad se ve revestida de un carácter socialmente compulsivo, lo cual conlleva a la necesidad de reflexionar sobre la dominación heterosexista, visible en las historias de los jóvenes varones (Ayús y Tuñón, 2007).

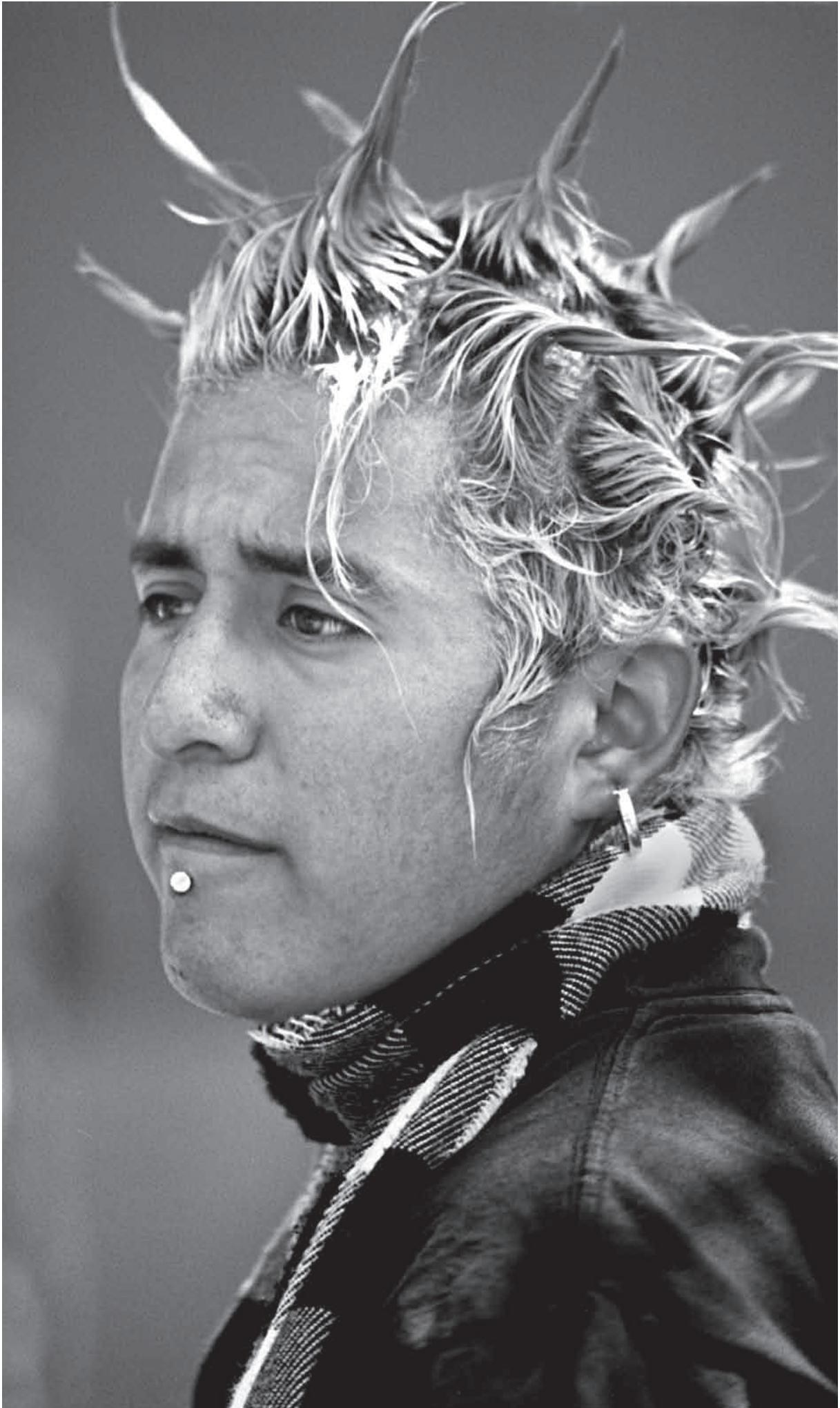
Cabe señalar que la escolaridad tiene un mayor efecto en la edad de inicio de relaciones sexuales entre mujeres que entre varones; en ambos la escolaridad resulta significativa en relación con las uniones tempranas y el uso de métodos anticonceptivos; y en ningún caso existe una relación entre el nivel de escolaridad y la probabilidad de embarazo (Tuñón y Nazar, 2004).

Un punto de coincidencia en varios de las investigaciones revisadas es el significado del trabajo sexual comercial (TSC) para la iniciación sexual de los hombres jóvenes y para la extensión de la infección del VIH/SIDA. En este sentido Evangelista y Kauffer (2007: 78) señalan que “en el Estado de Chiapas, a diferencia de otras regiones del país, la primera relación sexual de jóvenes varones con TSC sigue siendo una práctica común incentivada por amigos y familiares. Según datos de la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Villers, 2003), 45.7 por ciento de los jóvenes en Chiapas se inicia sexualmente con TSC, seguido por los de Tabasco (11.3 por ciento), Yucatán y Campeche (ambos con 9.4 por ciento) y Colima (9.3 por ciento).

Las autoras atribuyen a las normas hegemónicas de género que rigen el ejercicio de la sexualidad para hombres y mujeres la imposibilidad para ambos de tener relaciones sexuales entre contemporáneos/as,³ y acudir con TSC con fines de iniciación o para el ejercicio de su sexualidad parece constituirse en la única opción de los hombres jóvenes para tener relaciones sexuales antes y fuera del matrimonio.

² Concepto médico biológico psicologista, y hasta del sentido común, que define el “período de transición que media entre la niñez dependiente y la edad adulta y autónoma. Psicológicamente, es una ‘situación marginal’ en la cual han de realizarse nuevas adaptaciones; aquellas que, dentro de una sociedad dada, distinguen la conducta infantil del comportamiento adulto” (Muuss, 2004: 10).

³ Para las autoras, el término contemporáneos se refiere “a aquellas personas ubicadas dentro del alcance de la experiencia directa de los jóvenes, compartiendo tiempo y espacio; es decir, amigas, novias, vecinas o conocidas que no necesariamente tienen la misma edad” (Evangelista y Kauffer, 2007: 78).



© Federico Gama.

En sus narrativas, las jóvenes entrevistadas por Evangelista y Kauffer (2007) justifican este ejercicio sexual premarital con TSC como parte de los comportamientos hegemónicos de la masculinidad; de igual manera, las mujeres esposas de migrantes, aceptan que los hombres tengan otras parejas sexuales durante la migración, ya que “por naturaleza” no pueden tener tiempos prolongados sin vida sexual (Evangelista, Tinoco y Martínez, 2007). En este sentido, se acepta que los varones pueden tener una vida sexual más libre, fuera de la pareja: “él sí me dice que va a ir con las mujeres a Comitán, y pues ni modo. Yo creo que él no usa condón, ¡acaso le gusta!” (Castañeda *et al.*, 1997:69).

Varias investigaciones coinciden en señalar que el acceso de los hombres jóvenes al trabajo sexual comercial se da en el contexto de la migración económica o por razones de estudio (Castañeda *et al.*, 1997; Cabral y Flores, 1999; Evangelista y Kauffer, 2007; Meneses *et al.*, 2007; Reartes, 2008). Así, por ejemplo, Meneses *et al.* (2007: 106) señalan que “los jóvenes indígenas que han migrado a San Cristóbal con el propósito de estudiar o aquellos que cuentan con facilidades para desplazarse desde su comunidad, suelen ser parroquianos asiduos de bares y centros de *table dance*”; estos lugares constituyen espacios de socialización masculina donde los jóvenes consumen alcohol y sexo comercial. Este trabajo destaca la oferta del sexo comercial por mujeres indígenas, algunas en situación de explotación sexual e infantil, y dirigida a consumidores indígenas. En el mismo sentido, respecto a la iniciación sexual Castañeda *et al.* (1997: 72) afirman que “al hombre se le permite comenzar a una edad temprana, antes del matrimonio. Los jóvenes reciben fuertes presiones de familiares y amigos para comprobar su virilidad. Normalmente la iniciación se da en los prostíbu-

los, con las trabajadoras del sexo comercial y está muy relacionada con la migración”.

Investigaciones en materia de VIH/SIDA documentan el surgimiento de relatos de mujeres y hombres sobre el SIDA como un *virus y/o enfermedad mortal*, que se transmite por vía sexual, principalmente a través de las relaciones sexuales que la población masculina migrante tiene con trabajadoras sexuales de las ciudades. En este sentido, Reartes (2008) señala el surgimiento de un imaginario entre l@s jóvenes de que no se corren riesgos al tener relaciones con jóvenes de la comunidad, a diferencia de lo que ocurre al tenerlas con quienes son de la ciudad o migraron a la misma.

Evangelista y Kauffer (2007: 91) refieren la ausencia de estudios que den cuenta de las condiciones en las que se da el trabajo sexual comercial en Chiapas y del uso de condón en esta actividad; en este contexto, llaman la atención sobre la situación de vulnerabilidad a que se exponen los jóvenes usuarios “en la medida que se trata de una práctica que en sí misma conjuga factores que los rebasan y limitan, pero sobre todo interfieren en la toma de decisiones para tener una relación sexual protegida: múltiples parejas, alcoholismo y violencia, por mencionar algunos”. En todo caso, para los fines de nuestro trabajo importa preguntarse cómo se ha construido este significado social –al margen de la evidencia empírica– para explicar la posible vía de acceso del VIH/SIDA a las comunidades rurales de la región.

Vulnerabilidades

Otro saber aprehendido durante esta década de investigación en el sureste está relacionado con las posibilidades limitadas de las mujeres para negociar prácticas sexuales seguras y consensuadas, vinculadas estrechamente con *a)* la relativa aceptación de la violencia como componente de las relaciones de pareja, y *b)* la ocurrencia de la violencia de tipo sexual, que limita e incluso anula las posibilidades de las mujeres para decidir sobre su vida sexual reproductiva y su cuerpo, y que incrementa, entre otras cosas, el riesgo de transmisión del VIH/SIDA hacia ellas.

Por otro lado, para el caso de los hombres jóvenes, y a partir de varios de los estudios revisados, nos preguntamos por qué en Chiapas acuden con TSC para fines de iniciación e incluso de ejercicio sexual, mientras observamos una disminución del uso del sexo comercial asociada a la posibilidad de tener relaciones con mujeres contemporáneas, sean éstas amigas o novias, en otras partes del mundo y de nuestro propio país (Bozon, 1993; Rodríguez y Keijzer, 2000; Guionnet



© Federico Gama.



© Federico Gama.

y Neveu, 2004, citado en Evangelista y Kauffer, 2007).

Las investigaciones revisadas coinciden en señalar la vigencia de una normatividad sexual que imposibilita el acceso de los hombres jóvenes a las mujeres contemporáneas, expresada tanto en las prohibiciones al interior de algunas comunidades estudiadas como en las oportunidades que da la migración. Por ejemplo, Cabral y Flores (1999: 89) mencionan que en Cancuc “el noviazgo está prohibido... [y que] tanto en la vida pública como en la privada se mantiene una conducta de retraimiento y aún de censura hacia todo lo relacionado con la vida sexual, amorosa e íntima”. Castañeda *et al.* (1997), por su parte, refieren sanciones comunitarias para aquellos jóvenes y sus padres que abandonan la educación secundaria por motivos de casamiento, unión o embarazo, lo cual provoca que, para quienes cursan la secundaria, esté prohibido tener relaciones de noviazgo dentro y fuera de la escuela. El estudio de caso en Tziscaco ilustra un esquema de enamoramiento y unión todavía más o menos generalizado en las comunidades rurales de Chiapas, en el cual “es aceptable que un hombre y una mujer jóvenes se visiten, platicuen, bailen y paseen juntos si y sólo si tienen una relación formal de noviazgo y, por ende, un compromiso matrimonial”. Lo anterior suele suceder después de que en la visita de los padres del joven a los padres de la joven

se establece un periodo de visitas (aproximadamente durante seis meses), tiempo después del cual deberá establecerse la fecha del matrimonio (Evangelista, *et al.*, 2001: 150).

En este contexto, la migración “es una oportunidad y un espacio para iniciar anónimamente (en términos simbólicos) y sin mayores compromisos, su vida sexual-genital (...) [ya que] se construyen mecanismos que socialmente dispensan la falta de acato a los códigos establecidos [que dictan que la sexualidad no se debe ejercer fuera del matrimonio y sin fines procreativos]” Castañeda *et al.* (1997: 78). A este punto de vista se suman Cabral y Flores (1999) al documentar que los adolescentes, originarios de Cancuc pero estudiantes en San Cristóbal de Las Casas, practican el noviazgo fuera de su comunidad, mientras los que se quedan continúan respetando la prohibición de sus padres. Por su parte, Evangelista y Kauffer (2007) señalan que los pocos jóvenes entrevistados que refirieron sostener relaciones sexuales con amigas y/o novias siempre fueron residentes de las cabeceras municipales de Comitán, Las Margaritas y La Trinitaria, debido a que “muy probablemente aquí la vigilancia social en torno al cumplimiento de la normatividad diferenciada pierde la eficacia que tiene en las comunidades rurales estudiadas (1500 a 2000 habitantes⁴)” (Evangelista y Kauffer, 2007: 91).

Por lo demás, las oportunidades en el ámbito de la vida sexual que da la migración sólo son váli-

⁴ La entidad se caracteriza por la elevada dispersión de su población, pues existen 19 455 localidades de las cuales 99.2 por ciento no rebasan los 2 500 habitantes (INEGI, 2003, citado en Sánchez, Martínez y Tinoco, 2007: 125).

das para los varones. Al respecto, Castañeda *et al.* (1997) y Evangelista y Kauffer (2007) documentan que las mujeres jóvenes que migran generan sospechas sobre su comportamiento sexual, en tanto que “cuando una mujer soltera migra, el ‘cuidado’ no puede realizarse” (Castañeda *et al.*, 1997:79), es decir, el resguardo familiar y social de la virginidad como atributo que debe mantenerse hasta el matrimonio. En Tziscaco, por ejemplo, los autores documentaron que se denominaba “viudas” a las “jóvenes solteras que alguna vez vivieron fuera de la comunidad y regresaron sin pareja, porque se supone que tuvieron vida conyugal pero fueron abandonadas o se separaron, aun cuando esto nunca haya ocurrido” (Evangelista, *et al.*, 2001: 155).

La vigilancia de la familia y la sociedad sobre la sexualidad de las mujeres no sólo se ejerce cuando son solteras. Evangelista, Tinoco y Martínez (2007) encontraron que para garantizar la fidelidad de las mujeres, los esposos exigen la suspensión temporal del método anticonceptivo durante la migración; además de que la comunidad vigila que su comportamiento cotidiano no ponga en entredicho su fidelidad conyugal. Lo anterior orilla a las mujeres, durante las pláticas que imparten los servicios de salud, a no demostrar interés en la información sobre el uso del condón. Por otro lado, Meneses *et al.* (2007) documentan una fuerte vigilancia social en Chamula para evitar que las esposas de migrantes “incurran en prácticas sexuales extramaritales durante la ausencia de su cónyuge”, expresada ésta en el hecho de que 39.2 por ciento reside en casa de sus suegros durante la ausencia del esposo, 25 por ciento retornan al resguardo de la casa paterna y sólo 35.7 por ciento permanecen en su propia casa junto con sus hijos.

La vulnerabilidad de género se manifiesta de manera dramática en la imposibilidad de negociar relaciones protegidas. Así, aunque l@s jóvenes reconocen la infección al VIH como parte de los riesgos al tener relaciones sexuales no protegidas con TSC, algunos de ellos dicen delegar la responsabilidad del uso del condón –incluida su colocación– a la TSC (Evangelista y Kauffer, 2007). Ellas (solteras y casadas), por su parte, temen proponer el uso del condón porque demuestra desconfianza y sobre todo porque supone aceptar explícitamente que la pareja tuvo otras parejas sexuales, a pesar de que se asume de manera más o menos generalizada que durante la migración los hom-

bres tienen otras parejas sexuales, incluyendo TSC (Castañeda *et al.*, 1997; Cabral y Flores, 1999; Evangelista y Kauffer, 2007; Evangelista, Tinoco y Martínez, 2007; Sánchez, Martínez y Tinoco, 2007).

Las entrevistadas coinciden en señalar que prefieren que sus parejas les confiesen cuando hayan tenido relaciones sexuales no protegidas, para así entonces usar condón. De no darse esta confesión, asumen que si bien la pareja pudo haber tenido otras parejas sexuales, se protegió. También se observa el surgimiento de “alternativas” poco viables material y culturalmente, tales como someter a las parejas a revisiones médicas e incluso pruebas de laboratorio para detectar la presencia de anticuerpos al VIH/SIDA (Evangelista y Kauffer, 2007; Sánchez, Martínez y Tinoco, 2007; Evangelista, Tinoco y Martínez, 2007).

Otra situación que imposibilita la negociación del uso del condón es la violencia sexual. Para las mujeres entrevistadas por Sánchez, Martínez y Tinoco (2007) hay violencia sexual cuando se da la violación por un desconocido, se abusa sexualmente de menores o hay relaciones forzadas dentro del matrimonio. Sin embargo, también documentan una relativa aceptación de la violencia como componente de las relaciones de pareja, noción moldeada por su condición y situación en el orden genérico.⁵ Así, Evangelista, Tinoco y Martínez (2007) encontraron dos mujeres cuyos esposos les han “propuesto” nuevas prácticas sexuales (sexo anal específicamente), aparentemente aprendidas durante la migración, a pesar de que ellas han manifestado rechazo a estas prácticas.

En ese mismo estudio las mujeres que se quedan mencionaron que su condición de mujeres solas, ante la migración de sus parejas, las expone a violencia sexual en la comunidad, sobre todo cuando son jóvenes y su esposo tiene varios años migrando; también reconocen que esta circunstancia las expone al VIH/SIDA.

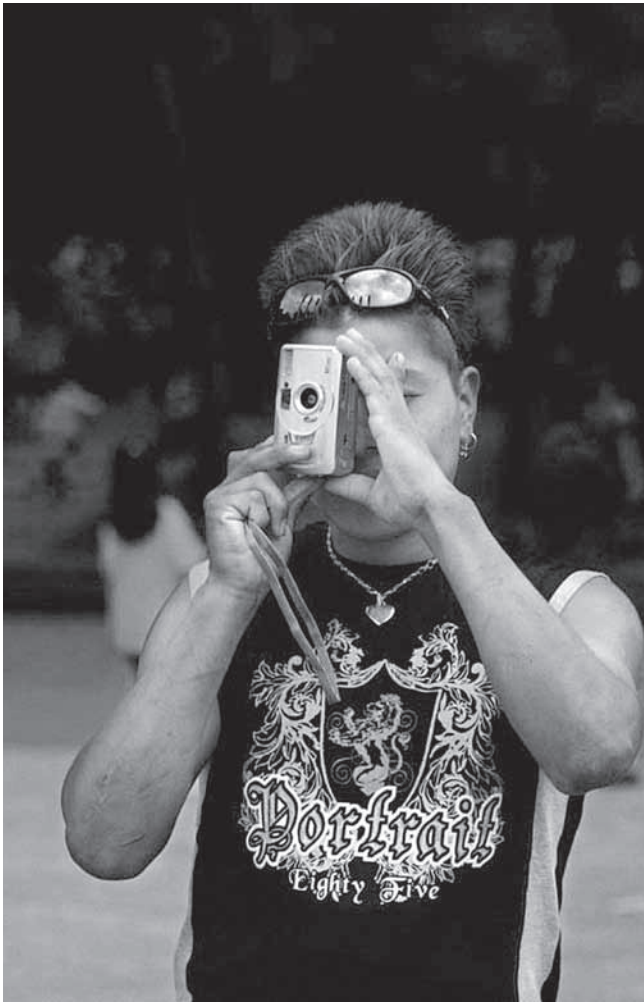
Consideraciones finales

La revisión de las investigaciones realizadas sobre jóvenes en el sureste del país a lo largo de una década permite aseverar que las decisiones que l@s jóvenes construyen a partir de situaciones vivenciales asociadas a la entrada a la vida sexual activa, a las diversas vulnerabilidades que enfrentan y a sus condiciones materiales de vida, se encuentran intersectadas por las diferencias y des-

⁵ Los autores refieren estudios previos sobre violencia de género en la región fronteriza de Chiapas que dan cuenta de “la distinción local entre ‘pegar de balde’ y ‘pegar con razón’. La primera se refiere a los actos violentos sancionados por la población, como cuando el esposo violenta estando alcoholizado y se establece un mecanismo de sanción comunitaria al varón; la segunda se relaciona con usos de violencia para fines normativos avalados socialmente, por ejemplo penalizar la no fertilidad adscrita a las mujeres” (Glantz *et al.*, 1998, 2000, 2004; Rivera y Tinoco, 2003; Pérez, 2001, citados en Sánchez, Martínez y Tinoco, 2007: 122).



© Federico Gama.



© Federico Gama.

igualdades simbólicas de las relaciones de género, y en cierto sentido son identificables a partir de los marcos de acción que tales relaciones prescriben. Así, a pesar de que las normas hegemónicas de género mantienen su vigencia y pautan la diversidad de los comportamientos juveniles, marcando la entrada al mundo adulto, los datos estadísticos y narrativos mostrados dan cuenta de no pocos procesos y posturas de resistencia que nos llevan a sostener la convicción de que estas normas son susceptibles de erosión y transformación por la acción de l@s actor@s sociales, y que así como han sido incorporadas pueden ser modificadas por las prácticas generadas en la propia interacción entre los géneros (Tuñón y Ayús, 2003).

Por otra parte, esta revisión también permite ilustrar el papel del conocimiento científico o académico sobre los jóvenes como uno de los escenarios más importantes en la construcción de lo juvenil, así como de disputa de los saberes y posturas epistémicas desde las que se ha observado y representado a l@s jóvenes en la región sureste de México (Urteaga, 2007). Explicitar nuestro papel en la construcción de lo juvenil nos reta a reconsiderar nuestra posición epistémica dentro del quehacer regional en investigación sobre juventud. Es decir, revisar los textos y deconstruir su discurso desde nuestro quehacer académico pensándonos como sujetos sociales.

Bibliografía

- Ayús, Ramfís y Esperanza Muñón, "Piernas de gelatina. Reflexiones sobre relatos de experiencia sexual coital entre jóvenes varones del sureste de México", en Ana Amuchástegui e Ivonne Szasz (coords.), *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, México, El Colegio de México, 2007, pp. 311-341.
- Cabral, Javier y Ángel Flores, *Salud sexual y reproductiva en jóvenes indígenas de las principales etnias de México*, México, IMSS/ Solidaridad, 1999.
- Castañeda, Xochitl *et al.*, "Adolescencia, género y sida en áreas rurales de Chiapas" en Esperanza Tuñón (coord.) *Género y salud en el sureste de México*, México, El Colegio de la Frontera Sur/ Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 1997, pp. 55-83.
- Evangelista, Angélica *et al.*, (2001) "Derechos sexuales y reproductivos entre mujeres jóvenes de una comunidad rural de Chiapas", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 63, núm. 2, abril-junio 2001, pp. 139-165.
- Evangelista, Angélica, "Paradojas del acceso a la información sexual y reproductiva en una comunidad rural de Chiapas" en Esperanza Tuñón (coord.), *Género y educación*, México, El Colegio de la Frontera Sur (Estudios de Género en la Frontera Sur)/ Coepo-Chiapas, 2005, pp. 39-59.
- Evangelista, Angélica y Edith F. Kauffer, "Jóvenes y VIH/SIDA: contextos de vulnerabilidad en comunidades de la Región Fronteriza de Chiapas" en Rolando Tinoco, María Eugenia Martínez y Angélica Evangelista (coords.), *Compartiendo saberes sobre el VIH/ SIDA en Chiapas*, México, Instituto de Salud del Estado de Chiapas 2007, pp. 77-98.
- Evangelista, Angélica; Rolando Tinoco y María Eugenia Martínez, "Vulnerabilidad y riesgo al VIH en las mujeres rurales de la Región Fronteriza de Chiapas" en Rolando Tinoco, María Eugenia Martínez y Angélica Evangelista (coords), *Compartiendo saberes sobre el VIH/SIDA en Chiapas*, México, Instituto de Salud del Estado de Chiapas, 2007, pp. 37-56.
- Guillén, Claudia y Esperanza Muñón, (1999) "Madres adolescentes tabasqueñas de dos generaciones: una exploración de sus vivencias", en Esperanza Tuñón (coord.), *Género y salud en el sureste de México*, Villahermosa, El Colegio de la Frontera Sur/UNFPA/ Coespo-Chiapas, 1999, pp. 271-309.
- Pérez, José, "Visión y versiones. Los jóvenes y las políticas de juventud" en Gabriel Medina Carrasco (comp.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, México, Colegio de México, 2000, pp. 311-341.
- Reartes, Diana. "El inicio sexual en jóvenes estudiantes migrantes indígenas de los Altos de Chiapas. ¿Es

posible la prevención del VIH/ SIDA/ ITS?”, en *Anuario Cesmeca 2007*, Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2008.

Meneses, Sergio; Juan Carlos García y Sebastiana Pale, “Migración y enfermedades de transmisión sexual en Chamula, Chiapas. Un estudio exploratorio”, en Graciela Freyermuth, Sergio Meneses y Germán Martínez (coords.), *El señuelo del norte. Migración indígena contemporánea*, Tuxtla Gutiérrez, Coespo Chiapas/ FPNUAP/ ANASAC, 2007, pp. 61-151.

Mora, Minor y Orlandina de Oliveira, “Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades”, en *Estudios Sociológicos*, vol. xxvii, núm. 79, 2009, pp. 267-289.

Muuss, Rolf, *Teorías de la adolescencia*, México, Paidós, 2000 [1984], pp. 9-21.

Sánchez, Ivonne; Imelda Martínez y Rolando Tinoco, (2007) “La violencia de género y VIH/ SIDA en contextos multiculturales de la región fronteriza en el estado de Chiapas” en Rolando Tinoco, María Eugenia Martínez y Angélica Evangelista (coords.), *Compartiendo saberes sobre el VIH/SIDA en Chiapas*, México, Instituto de Salud del Estado de Chiapas, 2007, pp. 119-149.

Secretaría de Desarrollo Social-Gobierno del Estado de Chiapas, “Chiapas con las y los jóvenes”, documento electrónico de la Coordinación de Atención a Jóvenes en Chiapas, 2005

Tinoco, Rolando y Angélica Evangelista, “La problemática inserción de las y los jóvenes del 1ur-Sureste”, en *Encuesta Nacional de Juventud 2005*, México, IMJ, 2005, pp. 176-208.

Tuñón, Esperanza, “Embarazo en adolescentes del sureste de México”, en *Papeles de Población*, enero-marzo, núm. 39, enero-marzo 2006, pp. 159-175.

Tuñón, Esperanza y Ramfis Ayús, “¿Es fácil ser joven?”, en Enrique Dulanto (coord.), *La familia. Un espacio de encuentro y crecimiento para todos*, México, Academia Mexicana de Pediatría/ Editores de Textos Mexicanos, 2004, pp. 577-586.

_____, “Género, sexualidad y fecundidad de las y los jóvenes del sureste mexicano”, en Mario Bronfman y Catalina Denman (eds.) *Salud reproductiva. Temas y debates*, México, Instituto Nacional de Salud Pública, 2003a, pp. 83-101.

_____, *Jóvenes mexicanos del siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000, Campeche*, México, IMJ, 2003b, 47 págs.

_____, *Jóvenes mexicanos del siglo XXI, Encuesta nacional de juventud 2000, Tabasco*, México, IMJ, 2003c.

Tuñón, Esperanza y Enrique Eroza, “Género y sexualidad adolescente: la búsqueda de un conocimiento



© Federico Gama.

huidizo”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XIX, núm. 55, enero-abril, 2001, pp. 209-226.

Tuñón, Esperanza y Austreberta Nazar (2004), “Género, escolaridad y sexualidad en adolescentes solteros del sureste de México”, en *Papeles de Población*, núm. 48, abril-junio 2004, pp. 141-154.

_____, “Pobreza y embarazo adolescente en Chiapas”, en F. Lozano Ascencio (coord.), *El amanecer del siglo y la población mexicana*, Cuernavaca, CRIM-UNAM, 2004a, pp. 183-196.

Tuñón, Esperanza y Judith Ortega, “Representaciones genéricas de la sexualidad entre adolescentes del sureste de México”, en *GénEros*, año 11, núm. 31, 2003, pp. 47-53.

Urteaga, Maritza (2000) “Identidades juveniles en la ciudad de México”, en M. Evangelista, Eli y Alejandra León I. (comps.), *La juventud en la ciudad de México. Políticas, programas, retos y perspectivas*, México, Secretaría de Desarrollo Social-GDF, 2000, pp. 83-90.

Urteaga, Maritza, “Los debates teóricos desde la perspectiva sociocultural sobre los derechos de las y los jóvenes”, ponencia en Seminario Defensa y Protección de los Derechos Juveniles en la Ciudad de México, 2005, en línea (www.inicia.org).

Urteaga, Maritza, “La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos”, tesis doctoral en ciencias antropológicas, México, UAM I, 2007.

Villers, Roberto, *Jóvenes mexicanos del siglo XXI. Encuesta nacional de juventud 2000, Chiapas*, México, IMJ, 2003.



Instituto Nacional
de Antropología
e Historia

DIRECTORIO

Licenciado Alfonso de María y Campos Castelló ■ *Director General*

Licenciado Miguel Ángel EcheGARAY Zuñiga ■ *Secretario Técnico*

Doctor Luis Ignacio Sáinz Chávez ■ *Secretario Administrativo*

Doctor Francisco Barriga Puente ■ *Coordinador Nacional de Antropología*

Diario
DE CAMPO

SUPLEMENTO No. 56 • OCTUBRE - DICIEMBRE • 2009

ES UNA PUBLICACIÓN INTERNA
DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA
DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Gloria Artís ■ *Directora Editorial*

Roberto Mejía ■ *Subdirector Editorial*

Enrique González ■ *Responsable de Edición*

Elizabeth García ■ *Corrección de Estilo*

Sandra Zamudio ■ *Administración*

Cipactli Díaz ■ *Acopio Informativo*

Rafael Jardón ■ *Apoyo Logístico*

Juanita Flores ■ *Apoyo Secretarial*

Amadeus / Alberto Sandoval / Belem Rueda
Diseño y Formación

Juan Cabrera / Fidencio Castro
Envío zona Metropolitana

Concepción Corona / Omar González
Graciela Moncada / Gilberto Pérez
Envíos Foráneos / Oficialía de Partes

Gloria Artís / Francisco Barriga
Francisco Ortiz / Dora Sierra
José Antonio Pompa / María Elena Morales
Consejo Editorial

Maritza Urteaga Castro Pozo
Coordinadora de este número